

III Semana de Adviento (Año Par)

Lunes

Mt 21, 23-27

El bautismo de Juan, ¿venía del cielo o de la tierra? Con esta pregunta el Señor astutamente los ponía en una posición muy complicada y delicada. Sabían que si respondían que venía "del Cielo", es decir, de Dios, el Señor les echaría en cara su incredulidad. En efecto, tanto los saduceos como los fariseos incrédulos habían recibido por parte del Bautista una durísima llamada de atención. Juan no dudó en calificarlos de "raza de víboras" por su negativa a acoger su llamado a la conversión (ver Mt 3,7-10).

La respuesta de aquellos endurecidos corazones sería la de negar abiertamente la legitimidad de la misión de Juan, rechazando su bautismo y frustrando de ese modo "el plan de Dios sobre ellos" (Lc 7,30). En cambio, "todo el pueblo que le escuchó, incluso los publicanos, reconocieron la justicia de Dios, haciéndose bautizar con el bautismo de Juan" (Lc 7,29).

El hecho de no reconocer que el bautismo de Juan venía de Dios significaba negar su misión como precursor del Mesías (ver Jn 1,19-24), por tanto, implicaba negar también todo reconocimiento al Señor Jesús. Si los fariseos y sumos sacerdotes respondían que el bautismo de Juan venía "de los hombres", como evidentemente pensaban, temían ser apedreados por el pueblo, que tenía al Bautista por un profeta enviado por Dios (ver Lc 20,6). Así que decidieron encubrir lo que verdaderamente pensaban respondiendo: "No lo sabemos" (Mt 21,25-27). Dado que se negaban de este modo a dar la respuesta verdadera, también el Señor se niega a responderles: "Tampoco yo les digo con qué autoridad hago esto" (Mt 21,27). Inútil era darles la respuesta verdadera, pues así como habían rechazado al precursor y su misión, rechazarían también al Señor, cuestionando y negando el origen divino de su autoridad y poder.

El bautismo de Juan era una señal de fe y de arrepentimiento, o sea que recordaba que todos debían abstenerse de pecado, practicar la limosna, creer en Cristo, y apresurarse a recibir su bautismo desde que él se hiciera presente, a fin de lavarse para recibir la remisión de sus pecados.

Por otra parte, el desierto donde Juan permanecía representa la vida de los santos que abandonaban los placeres de este mundo. Tanto si viven en soledad o entre la multitud, sin cesar con toda la fuerza de su alma tienden a prescindir de los deseos del mundo presente; su gozo lo encuentran en no unirse más que a Dios, en el secreto de su corazón, y a no poner más que en él sólo toda su esperanza. Es hacia esta soledad del alma, tan amada por Dios, que el profeta, con la ayuda del

Espíritu Santo, deseaba ir cuando decía: "¿Quién me diera alas de paloma para volar y posarme?" (Sal 54,7).

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasoledad.org/> (Con permiso a homiletica.org)